

El laicado en las instituciones educativas a la luz del legado de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y el Beato Pedro Fabro*

Adriana Ochoa Reynoso

Adriana Ochoa Reynoso

Licenciada en Comunicación por el ITESO. Actualmente colabora en el Centro Universitario Ignaciano de la UIA-Puebla.
adri8areynoso@yahoo.com.mx

Introducción

Iniciamos el año 2006 con la noticia de que era el año del Jubileo Ignaciano, este motivo me pareció un excelente «pretexto» para acercarme detenidamente a las vidas de los «Amigos en el Señor»: Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Pedro Fabro.

En el tiempo que estudié la Universidad había escuchado sus nombres y algo muy superficial sabía de ellos, especialmente de Ignacio, pero no conocía exactamente que habían hecho los tres, o cuál era su aportación a la Iglesia para que fuera considerados santos. Mucho menos me imaginaba por qué se invertía un año jubilar para celebrarlos juntos.

Durante este año 2006 no he podido evitar que una pregunta de vueltas por mi cabeza: Estos tres hombres vivieron en otra época muy diferente a la nuestra, además fueron sacerdotes... *¿qué nos aportan a nosotros como laicos las vidas de Ignacio, Javier y Pedro Fabro? ¿Tienen todavía algo que decir al hombre de este siglo?*

Esta pregunta me ha inquietado de tal manera que tomé la decisión de buscar cuanta bibliografía encontrara de ellos, y si era posible, leer sus propios

escritos para tener información más fidedigna: ¿qué pensaban? ¿por qué hicieron tantas locuras? ¿qué les movía a vivir de esa manera? ¿por qué no se conformaron con lo que ya les había propuesto la sociedad? .

No puedo negar que este tema me ha quitado horas de sueño y de trabajo porque encontré muchísima bibliografía acerca de ellos... hasta mis hijos saben de las vidas de estos grandes hombres porque conseguí videos y un programa de CD hecho en Brasil. Puedo asegurar que me estoy apasionando por este tema a tal grado, que despertó en mi el deseo de hacer ejercicios de quince días en este verano 2006.

I.- La punta de un ice-berg

Creo que apenas estoy vislumbrando la punta de un ice-berg, es decir, que estoy descubriendo vidas que tienen una profundidad tan grande, que nose si en toda mi vida podré acabar de indagar su aporte a la sociedad. Tan sólo una frase de Ignacio me ha dejado meditando tanto, que creo que me llevará mucho tiempo entenderla a fondo y sobre todo, ponerla en práctica: *“¿Por qué te quedas a mitad de tu camino, si tu destino es divino?”*.

Me pongo a pensar en el impacto tan fuerte que Ignacio debió provocar en sus compañeros cuando les hacía esta pregunta, porque no sólo la expresaba verbalmente, sino que su coherencia de vida buscando siempre un “destino divino” les marcó otro rumbo, otra dirección a los proyectos de vida que Fabro y Javier tenían en 1529 cuando conocen a Ignacio en París.

De no haber conocido a Ignacio, Fabro hubiera sido un sacerdote lleno de complejos, con un temperamento tímido, sin mayor expectativa que ser “bueno”.

¿Qué hubiera pasado con Javier? Ese joven talentoso, brillante, inquieto. Se hubiera quedado a mitad de su camino rodeado por honores, placeres, en medio de una sociedad acomodada... Anhelando lo que profundamente su corazón quería: Un destino divino, con una felicidad eterna... ¿De qué le hubiera servido ganarlo todo, si perdía la felicidad que tanto buscaba? Como tantas veces le repetía Ignacio a Javier, apoyándose en una cita del Evangelio.

¿Y nosotros? ¿Por qué nos conformamos con tan poco? ¿preferimos la comodidad de estacionarnos a mitad del camino “seguro” porque ya hay muchos estacio-

nados ahí. Nos da miedo arriesgarnos a seguir buscando por veredas que no hemos caminado, que suponen abrir nuevos caminos de libertad de nosotros mismos, de autenticidad, sinceridad... veredas interiores que nos podrán llevar a lo que estamos buscando realmente.

II.- Un grito de amor: Fabro

14 años después de encontrarse con Ignacio, Fabro escribe sus “Memorias” en medio de sus andanzas por Europa y sus luchas por evangelizar a este continente. Me llamó especialmente la atención, cuando pide a Dios que le conceda “*modo y manera de alabarlo, recordarlo y desear servirle, querer verlo, oírlo, oler su perfume, gustarlo, querer pensar en El, conocerlo, palparlo. Que nuestro Señor Jesucristo entre a lo más profundo y medular de mi Espíritu*” (Memorial, Fabro Pedro).

¿Será posible que una persona llegue a amar de tal manera a Dios que experimente con una fe tan viva su presencia y cercanía? ¿Que le ame con toda la fuerza afectiva que un ser humano es capaz de desarrollar? Estos hombres nos hablan de una fe enraizada en el amor, de un conocimiento vivencial de Dios y no de teorías o frases huecas que suenan

tan falsas. La vida de Fabro es un “grito de amor” un grito que denuncia la costumbre, los ritos sin sentido, la frialdad del corazón cuando se acerca a su Dios y a los hermanos, aún los más necesitados.

Fabro trabaja tanto con grandes y poderosos reyes, como con niños, huérfanos, pobres y marginados de su época. Un hombre que tiene centrado el afecto, sabe entablar relaciones de amistad profunda, sin apariencias ni prejuicios, ni buscando satisfacer su necesidad de realización porque el afecto está colmado.

III.- Corazón al lado del marginado

No he resistido a la tentación de buscar algunas líneas de las cartas que enviaba San Francisco Javier a las personas que dejaba en su lugar, en las tierras que iba evangelizando: *“Procuraréis con todas vuestras fuerzas hacerlos amar de esta gente, porque siendo de ellos amados, haréis mucho más fruto que siendo de ellos aborrecidos”* (Manapar, febrero de 1548 para los miembros de la Compañía que estaban en las costas de Pesquería y Travancor).

¿Qué tan actual suena este discurso de Javier? ¿No es el pan de cada día el problema de hacerte amar por los demás? ¿Qué decir de los alumnos, los compañeros de trabajo, los hijos y el cónyuge? O ¿Qué tal si lo aplicamos a los que no piensan como nosotros o se encargan de contradecirnos y criticarnos? Parece que Javier no habla al jesuita que se quedaba en Pesquería en 1548, sino a ti y a mi, en este siglo, que queremos hallar fruto en la relación con los demás, y que pareciera que trabajamos más en ser aborrecidos, que en ser amados.

Javier también se preocupa por los hombres y mujeres, que son explotados por los portugueses. Procura que el jesuita siempre se mantenga defendien-

do sus intereses: un corazón al lado del marginado, humilde, velando por las necesidades de los demás, antes que las propias. Este es un trozo escrito por Javier en 1549, son una serie de instrucciones dadas al padre Gaspar Barceo con motivo de su envío a la fortaleza de Ormuz:

“...Guardaos de decir mal de los cristianos delante de los portugueses; más siempre estaréis de su parte y los defenderéis al hablar por ellos. ...Las cosas bajas y humildes tendréis grande prontitud en hacerlas, para adquirir humildad y crecer en ella: de manera que tendréis cuidado en enseñar vos mismo las oraciones a los hijos de los portugueses y esclavos y esclavas y cristianos libertos de la tierra. ...Y las limosnas que ofrecieren en las iglesias, distribuirse han todas a los pobres, de manera que no tomemos ninguna cosa para nosotros”.

IV.- Vamos a la raíz

¿Dónde está la raíz del cambio tan profundo de Ignacio, Javier y Fabro? Parece que detrás del cambio de todos, está la misma raíz: Los Ejercicios, este famoso método propuesto por San Ignacio, que ha recorrido los cinco continentes, por casi cinco siglos y sirve de base formativa para cantidad de comunidades religiosas en todo el mundo.

En las primeras líneas de su libro titulado “Los Ejercicios” te encuentras con una puerta abierta al diálogo con Dios, con una visión a la eternidad y la trascendencia. Es una invitación, no a leerse, sino a vivirse. Sólo así comprendemos por qué Ignacio afirma que aprendió más de Dios en una hora de oración en Manresa, que en los años de estudios teológicos.

Como decía al principio de mi ensayo, este tema me está apasionando tanto, que en verano de este año realicé quince días de ejercicios. No es la prime-

ra vez que los hago, pero este año los viví con especial interés: ¿Por qué un tiempo de oración y meditación han cambiado radicalmente la vida de personas hasta el grado de orientar toda su vida hacia el servicio de Dios y de los hermanos? ¿Qué encontró Ignacio? ¿Qué encontró Javier? ¿Qué encontró Fabro? Eso que ellos encontraron, también lo quiero encontrar yo. Como decía Ignacio al leer la vida de los santos “¿Por qué si ellos llegaron a ese grado de santidad, no lo puedo hacer también yo? Si estamos hechos del mismo barro” Esa frase me movió el terreno durante los 15 días de ejercicios y me mantiene con el mismo deseo hasta el día de hoy.

Al hacer los ejercicios, me di cuenta las consecuencias que dejaron en ellos estos tiempos de “desierto”... encontraron verdadero manantial interior:

- Se atrevieron a entrar en su verdad, fueron valientes porque se quitaron muchas máscaras y apariencias que los esclavizaban de cara a los demás.
- Sabían que a su alrededor había muchas necesidades, pobreza, injusticia, dolor, opresión... pero no buscaron resolverlo con sus propias fuerzas, ni con sus puños, sino con la armadura de Dios.
- Emplearon los mismos métodos de Dios para cambiar las estructuras de pecado: La entrega de la vida.
- Se abrieron a la fe, a mirar desde la mirada de Dios, a vivir desde la escala de valores de Dios, a amar desde el corazón de Dios, a caminar siguiendo las huellas del maestro, muy de cerca.
- No cerraron los ojos ante las incoherencias de la Iglesia, más bien optaron por “ser Iglesia” y obedecerla, para corregir desde dentro las grandes divisiones que estaban sucediendo.
- Se atrevieron a soñar... a mirar con mirada de trascendencia, a buscar

por encima de las evidencias y a vivir la “Divina impaciencia” de hacer la voluntad de Dios.

V.- Conclusión

A nueve meses de iniciado el Jubileo, considero que hay las herramientas mínimas en mi incipiente reflexión, para llegar a una conclusión:

A primera mirada, entre estos hombres que fueron llamados “locos” en su propia generación y, nosotros, hay una gran diferencia. Nosotros somos hijos de la post-modernidad, de un mundo que vive de la tecnología, que ha dejado de buscar porque “parece” que tenemos respuestas baratas para todas las preguntas que nos hacemos.

Ellos vivían cuestionándose continuamente la voluntad de Dios y en este siglo “parece” que no hay necesidad de hacerse grandes o pequeños planteamientos porque sólo hay un proyecto: tener dinero.

Sin embargo, la locura de estos tres hombres es un “grito en el desierto”. Su amistad y libertad, provocan “envidia” que detiene y cuestiona porque los tres, encontraron una felicidad que nosotros “post-modernos” no tenemos conseguida.

Puedo concluir que me aportan lo más significativo: ¡Esperanza! La esperanza de seguir buscando, de seguir soñando, de seguir creyendo, de apasionarnos por la verdad, de no detenernos porque apenas estamos a mitad del camino... la esperanza que necesita el caminante que sabe que su destino es divino. 🕊

** Este texto obtuvo el tercer lugar en el Certamen de Ensayo Pedro Arrupe, SJ, quedando desiertos el primero y segundo lugar en la dictaminación del jurado, que estuvo compuesto por Martín Torres, SJ, y Margarita Lascuráin, directora de Casa Iñigo en Torreón.*